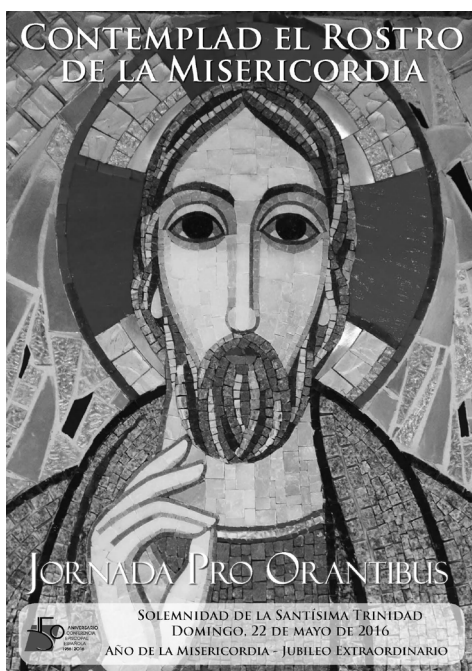


Contemplad el Rostro de la misericordia

Materiales para la Jornada Pro orantibus 2016



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-12838-2016

SUMARIO

Objetivos de la Jornada Pro orantibus.....5

Presentación6

El secreto de lo que Jesús miraba: la misericordia de Dios9

Vida contemplativa de la Iglesia en España, hoy11

Selección de textos del Magisterio eclesial19

OBJETIVOS DE LA JORNADA PRO ORANTIBUS

1. Orar a favor de los consagrados y consagradas en la vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que representan, y el rico patrimonio espiritual de sus Institutos en la Iglesia.
2. Dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia y para el mundo.
3. Promover iniciativas pastorales dirigidas a incentivar la vida de oración y la dimensión contemplativa en las Iglesias particulares, dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando en todo caso, las debidas exigencias y las leyes de la clausura.

PRESENTACIÓN

Contemplad el Rostro de la misericordia

El domingo, 22 de mayo, celebramos la «Solemnidad de la santísima e indivisa Trinidad, en la que confesamos y veneramos al único Dios en la Trinidad de personas, y la Trinidad de personas en la unidad de Dios» (*elog. del Martirologio Romano*). En esa solemnidad celebramos también la *Jornada Pro orantibus*. Es un día para que valoremos y agradezcamos la vida de los monjes y monjas, que se consagran enteramente a Dios por la oración, el trabajo, la penitencia y el silencio. Toda la Iglesia debe orar al Señor por esta vocación tan especial y necesaria, despertando el interés vocacional por la vida consagrada contemplativa.

La exhortación apostólica de san Juan Pablo II, *Vita consecrata*, en el número 8, describe así la naturaleza y finalidad de la vida consagrada contemplativa: «Los Institutos orientados completamente a la contemplación, formados por mujeres o por hombres, son para la Iglesia un motivo de gloria y una fuente de gracias celestiales. Con su vida y misión, sus miembros imitan a Cristo orando en el monte, testimonian el señorío de Dios sobre la historia y anticipan la gloria futura. En la soledad y el silencio, mediante la escucha de la Palabra de Dios, el ejercicio del culto divino, la ascesis personal, la oración, la mortificación y la comunión en el amor fraterno, orientan toda su vida y actividad a la contemplación de Dios. Ofrecen así a la comunidad eclesial un singular testimonio del amor de la Iglesia por su Señor y contribuyen, con una misteriosa fecundidad apostólica, al crecimiento del Pueblo de Dios» (VC, n. 8).

El lema de este año es: «*Contemplad el Rostro de la misericordia*». Está en sintonía con el *Año Santo de la Misericordia*, convocado por el papa Francisco para toda la Iglesia.

La misericordia es un tema central para comprender a Dios y, en consecuencia, para comprender al hombre. Así nos lo han recordado en los

últimos años: san Juan Pablo II, con su encíclica *Dives in misericordia*; Benedicto XVI, con su encíclica *Deus caritas est*; y el propio papa Francisco con este Año Jubilar, a través de la bula de convocación *Misericordiae Vultus*.

«Jesucristo es el Rostro de la misericordia del Padre» (MV, n. 1). «Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad» (MV, n. 2).

La misericordia cualifica la sacramentalidad de la Iglesia. Dentro de la Iglesia, la vida consagrada y, de modo especial, la vida consagrada contemplativa, está llamada a ser transparencia viva del Rostro misericordioso de Cristo (mensaje del cartel de la Jornada). Quien ha experimentado en su vida, como la persona contemplativa, la misericordia de Dios, la irradia a los demás y es misericordiosa y compasiva con los hermanos. Es el gran mandato y herencia de Jesús: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36).

Antes hemos de rescatar la misericordia de una concepción excesivamente sentimental, para convertirla en el gran principio de acción de la Iglesia que la impulsa a comprometerse con los más pobres. Mientras los poderosos tienen en cuenta todo menos el sufrimiento del pueblo, la Iglesia, y dentro de ella la vida consagrada contemplativa, está urgida a recuperar y patentizar su clamor: «La Iglesia, guiada por el Evangelio de la misericordia y por el amor al hombre, escucha el clamor por la justicia y quiere responder a él con todas sus fuerzas» (EG, n. 188). «Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva» (EG, n. 24). El papa habla de comunidades samaritanas, verdaderos hospitales de campaña, capaces de salir a las periferias del dolor para sanar las heridas, curar, dar calor.

Cierto que los miembros de vida consagrada y las personas contemplativas, como el resto del Pueblo de Dios, *llevamos este tesoro de la mi-*

sericordia de Dios en vasijas de barro (cf. 2 Cor 4, 7). Por eso necesitamos recibir constantemente la misericordia de Dios para poder ofrecerla y repartirla con la misma magnanimidad como se nos ofrece a diario. Ojalá que las personas consagradas sean *testigos de misericordia y profecía del amor* de Dios, que se revela en el rostro del Señor, el primer consagrado al padre, y con el que los contemplativos se identifican en su forma de vida y en sus gestos inconfundibles de misericordia.

En la *Jornada Pro orantibus* damos gracias Dios por el don de la vida consagrada contemplativa, que tanto embellece el Rostro de Cristo misericordioso, que resplandece en su Iglesia.

✠ VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA
Arzobispo de Zaragoza.
*Presidente de la Comisión Episcopal
para la Vida Consagrada*

EL SECRETO DE LO QUE JESÚS MIRABA: LA MISERICORDIA DE DIOS

Reflexión sobre la vida contemplativa en el Año Jubilar de la Misericordia

Hay una cita con la que el papa Francisco motiva la razón de ser de este evento jubilar en el que estamos embarcados: «un Año Santo extraordinario para vivir en la vida de cada día la misericordia que desde siempre el Padre dispensa hacia nosotros. En este Jubileo dejémonos sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón para repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida. La Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de Dios. Su vida es auténtica y creíble cuando con convicción hace de la misericordia su anuncio. Ella sabe que la primera tarea, sobre todo en un momento como el nuestro, lleno de grandes esperanzas y fuertes contradicciones, es la de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el rostro de Cristo» (FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, n. 25).

Un año especial para algo extraordinario, que sin embargo es tan cotidiano que sucede todos los días. Dios nos quiere, nos espera, sale a nuestro encuentro para decirnos como nadie y para siempre que en su corazón hay latidos de ternura y misericordia. No es el gendarme que nos vigila para multarnos, ni el extraño que nos ignora y para el que nunca contamos. La misericordia es el nombre de Dios, como nos acaba de recordar el papa Francisco. Pero ese nombre tiene unos apellidos que nos ha querido confiar: que al hacernos de su propia familia, nosotros podamos contarle a través de nuestras obras. Son las obras de misericordia que en el espíritu de nuestros sentimientos más nobles y en el cuerpo de nuestras intemperies todas, están testimoniando que hemos sido abrazados por Dios, porque Él nos esperaba a nuestra vuelta de todos nuestros devaneos pródigos, para introducirnos en la casa encendida de su propio hogar, en el que siempre organiza una fiesta cuando vuelve un hijo perdido.

La vida consagrada contemplativa tiene como especial llamada precisamente vivir estas obras de misericordia dentro de su claustro, no como un confinamiento que aísla a monjes y monjas en su silencio y soledad monásticas, sino como ciudad que se pone sobre el monte para ser vista por todos, o como luz que arde en el candelero para que a todos alumbre y dé calidez. Estos hermanos y hermanas han recibido esa vocación de adentrarse en el secreto de Jesús haciendo de sus vidas lo mismo que hacía el Maestro y Señor: retirarse cada mañana de madrugada o cada tarde de anochecida para buscar un Rostro lleno de Belleza y henchido de Bondad, en el que resplandecía la misericordia que solo late en el Corazón de Dios.

Porque son contemplativos del mismo que Jesús nos enseñó a llamar Padre, por eso nuestros monjes y monjas en sus claustros son un testimonio vivo y un reclamo para quienes hemos sido llamados a testimoniar la misma misericordia en nuestras encrucijadas de caminos y nuestros pagos. No son miradas distintas las de los distintos ojos cristianos, ni menos aún un sinfín de misericordias de horizontes tan opuestos que terminan siendo extraños. Los que desde el claustro contemplativo miran y quienes desde los mil afares también nos asomamos, tenemos una mirada complementaria y en esto radica nuestra diferencia.

Quizás los que nos hallamos en tantas idas y vueltas de acá para allá tenemos la imperiosa necesidad de purificar nuestra mirada cansada, confusa, con demasiadas sombras y demasiado poco asombrada. Es lo que nuestros hermanos contemplativos desde sus monasterios nos ofrecen como bálsamo y colirio que cura y abre nuestros ojos. Ellos contemplan el Rostro de la misericordia con mayúsculas. De eso son testigos. Rezamos para que lo sean siempre. Rezamos con ellos para que también nosotros lo seamos.

✠ Fr. JESÚS SANZ MONTES, OFM
Arzobispo de Oviedo

VIDA CONTEMPLATIVA DE LA IGLESIA EN ESPAÑA, HOY

La vida consagrada, en sus diversas formas, es una gracia con la que el Señor bendice a cada generación cristiana. Para todos es notorio el ardor evangelizador de los misioneros, la paciente dedicación educativa con niños y jóvenes, la atención solícita hacia los pobres, el respetuoso cuidado de los ancianos o el acompañamiento consolador a los enfermos, por citar algunos de los ejemplos cotidianos de la misión de los consagrados.

Pero hay una presencia peculiar, en el corazón la Iglesia, que la sostiene con la imitación de Cristo orando en el monte: la vida consagrada contemplativa, a la que la Iglesia que peregrina en España dedica el domingo de la Santísima Trinidad.

El sentido de la vida contemplativa

La vida de los Institutos contemplativos expresa de un modo particular el Misterio pascual de Cristo: son comunidad orante que, con su esposo Jesucristo, se entrega sin reservas por amor, para gloria del Padre y salvación del mundo. Por eso se puede decir que si los contemplativos están, en cierto modo, en el corazón del mundo, se hallan mucho más en el corazón de la Iglesia.

Esta es la preciosa experiencia de una contemplativa, santa Teresa del Niño Jesús:

Ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Sin embargo, siento en mi interior otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Siento en mí la vocación de sacerdote. ¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las almas...!

A pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores... Tengo vocación de apóstol...

Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel. Pero, Amado mío, una sola misión no sería suficiente para mí. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quisiera ser misionero no solo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos... Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre...

[...] Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocermé en todos ellos... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendí que solo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...!

Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío, al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor! Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo...

El apostolado de los contemplativos

La vida específicamente contemplativa es de gran actualidad, pues a pesar de la urgente necesidad de apostolado activo, aquellos Institutos conservan siempre un lugar preeminente en el Cuerpo Místico de

Cristo; sus miembros ofrecen a Dios un eximio *sacrificio de alabanza* y, produciendo frutos abundantísimos de santidad, son un honor y un ejemplo para el Pueblo de Dios que acrecientan con misteriosa fecundidad. Su apostolado primordial y fundamental consiste en su misma vida contemplativa, porque tal es su modo típico de ser Iglesia, de vivir en la Iglesia, de realizar la comunión con la Iglesia y de cumplir una misión dentro de la Iglesia.

Es en esta perspectiva, la vida de clausura tiene unas leyes y normas propias, que acogen libre y gozosamente quienes abrazan esta vocación. Con el debido respeto de la normativa eclesial, en fidelidad al espíritu propio y a las tradiciones de cada familia religiosa recogidas en sus Constituciones (por las que distinguimos dos tipos de clausura: papal o constitucional), los monasterios y conventos de vida contemplativa pueden abrirse a unas experiencias de ayuda y de participación en beneficio de los que viven fuera, sobre todo por medio de la oración y de la vida espiritual, pero también con determinadas obras docentes, asistenciales y de acogida.

La vida contemplativa en España

La presencia de la vida contemplativa en España es muy numerosa, hasta el punto de contar con un tercio del número total de monasterios de todo el mundo. El paisaje de toda la península está ornado por este vasto patrimonio, hasta en los lugares más recónditos.

La presencia más numerosa es de la vida contemplativa femenina, con un total de 784 monasterios femeninos y 8.672 monjas (datos de diciembre de 2015). Según la normativa eclesiástica vigente, estos monasterios son autónomos, con un vínculo directo con el obispo de la diócesis en que se encuentran, o bien con el superior mayor del Instituto masculino de la familia religiosa a la que pertenecen.

Los monasterios masculinos se rigen por una normativa similar a la vida religiosa apostólica, lo que también se refleja en el apostolado que realizan. En la actualidad contamos en España con 35 monasterios masculinos y 481 monjes (datos de diciembre de 2015).

En este día tenemos también presente a los ermitaños y ermitañas, residentes en varias diócesis españolas. «Escondida a los ojos de los hombres, la vida del eremita es predicación silenciosa de aquel a quien ha dado su vida, porque, para él, lo es todo. Se trata de un llamamiento particular a encontrar en el desierto y en el combate espiritual la gloria del Crucificado» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 921).

La distribución de los monasterios en las 69 diócesis españolas es la siguiente:

Listado de monasterios femeninos por diócesis

Albacete	7
Alcalá de Henares	10
Almería	3
Astorga	8
Ávila	16
Barbastro-Monzón	3
Barcelona	19
Bilbao	14
Burgos	26
Cádiz y Ceuta	8
Calahorra y La Calzada-Logroño	13
Canarias	3
Cartagena	17
Ciudad Real	13
Ciudad Rodrigo	4
Córdoba	22
Coria-Cáceres	5
Cuenca	9
Getafe	12

Girona	8
Granada	22
Guadix	4
Huelva	4
Huesca	4
Ibiza	1
Jaca	1
Jaén	18
Jerez de la Frontera	14
León	11
Lleida	1
Lugo	5
Madrid	32
Málaga	19
Mallorca	8
Menorca	2
Mérida-Badajoz	14
Mondoñedo-Ferrol	5
Orense	4
Orihuela-Alicante	11
Osma-Soria	6
Oviedo	9
Palencia	14
Pamplona y Tudela	22
Plasencia	10
Salamanca	22
San Cristóbal de La Laguna, Tenerife	5
San Sebastián	23
Sant Feliu de Llobregat	4

Santander	11
Santiago de Compostela	14
Segorbe-Castellón	11
Segovia	14
Sevilla	37
Sigüenza-Guadalajara	12
Solsona	3
Tarazona	5
Tarragona	4
Terrassa	3
Teruel y Albarracín	3
Toledo	39
Tortosa	10
Tui-Vigo	6
Urgell	1
Valencia	25
Valladolid	27
Vic	5
Vitoria	8
Zamora	15
Zaragoza	16

Listado de monasterios masculinos por diócesis

Barbastro-Monzón	1
Barcelona	1
Bilbao	1
Burgos	4
Calahorra y La Calzada-Logroño	1
Canarias	2
Cartagena	1
Córdoba	1
Girona	1
Lugo	1
Madrid	3
Mallorca	1
Orense	1
Orihuela-Alicante	2
Osma-Soria	1
Palencia	1
Pamplona y Tudela	2
San Cristóbal de La Laguna, Tenerife	1
San Sebastián	1
Sant Feliu de Llobregat	1
Santander	1
Santiago de Compostela	1
Segovia	1
Solsona	1
Tarragona	1
Valencia	1
Vitoria	1

Hagamos nuestro el deseo expresado por el santo padre Francisco en la última Jornada Pro orantibus (celebrada en Roma el pasado 21 de noviembre): «demostramos gracias al Señor por el don de la vocación de los hombres y de las mujeres que, en los monasterios y en las ermitas, han dedicado su vida a Dios. Para que las comunidades de clausura puedan cumplir su importante misión, en la oración y en el silencio activo, no les hagamos faltar nuestra cercanía espiritual y material».

SECRETARIADO DE LA COMISIÓN EPISCOPAL
PARA LA VIDA CONSAGRADA

SELECCIÓN DE TEXTOS DEL MAGISTERIO ECLESIAL

Los Institutos destinados por entero a la contemplación, o sea, aquellos cuyos miembros se dedican solamente a Dios en la soledad y silencio, en la oración asidua y generosa penitencia, ocupan siempre, aun cuando apremien las necesidades de un apostolado activo, un lugar eminente en el Cuerpo Místico de Cristo, en el que no todos los miembros tienen la misma función. En efecto, ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al Pueblo de Dios con frutos ubérrimos de santidad y le edifican con su ejemplo e incluso contribuyen a su desarrollo con una misteriosa fecundidad. De esta manera son gala de la Iglesia y manantial para ella de gracias celestiales.

CONCILIO VATICANO II
Decreto *Perfectae caritatis*, n. 7

En un mundo, como el que nos rodea, olvidado de Dios, indiferente a Dios, negador de Dios, vosotros testimoniáis tranquilos, austeros y gentiles, y recogidos en vuestros monasterios casi que para observar una especie de encantamiento religioso. Vuestra presencia se hace señal de la presencia de Dios entre los hombres. Vosotros cantáis, ¿quién vos escucha?; vosotros celebráis, ¿quién vos observa? Parece como si os rodeara la incomprensión y os mortificara la soledad. Pero no es así. Cualquiera puede descubrir que habéis encendido un fuego: que vuestro claustro difunde luz y calor. Alguno se detiene, mira y piensa: sois un reclamo para el mundo de hoy. Un principio de reflexión que es con frecuencia saludable y regenerador.

BEATO PABLO VI
Alocución a los abades y priores benedictinos
30 de septiembre de 1966

Tras los pasos de san Benito, o de san Bernardo, de santa Clara de Asís o de santa Teresa de Ávila, las monjas de clausura asumen a tiempo completo, en nombre de la Iglesia, este servicio de la alabanza divina y la intercesión. Esta forma de vida es también un apostolado de gran valor eclesial y redentor, que Santa Teresa del Niño Jesús ilustró magníficamente en el curso de su breve existencia en el Carmelo de Lisieux. No olvidemos que el papa Pío XI la proclamó *Patrona de las misiones*.

SAN JUAN PABLO II

Discurso a las religiosas del Carmelo de Kinshasa

3 de mayo de 1980

La Iglesia está firmemente convencida, y lo proclama con fuerza y sin vacilar, de que hay una relación íntima entre oración y difusión del Reino de Dios, entre oración y conversión de los corazones, entre oración y aceptación fructuosa del mensaje salvador y sublime del Evangelio. Solo esto es ya bastante para garantizaros a vosotras y a todas las religiosas contemplativas del mundo lo necesaria que es vuestra función en la Iglesia, lo importante que es vuestro servicio al pueblo, y cuán grande es vuestra aportación a la evangelización. [...] En algunos lugares de África se ha situado el monasterio de religiosas contemplativas en las cercanías del seminario mayor. ¿Acaso no es significativo que quienes captan la necesidad de estimular las vocaciones al sacerdocio para que las Iglesias jóvenes lleguen a implantarse plenamente en la tierra natal, tengan asimismo la convicción de que solo la gracia de Dios, humildemente pedida en oración constante, puede sostener el fervor del sacerdocio? Por tanto, os pido con interés especial en esta ocasión que la súplica al Señor para que mande obreros a su mies.

SAN JUAN PABLO II

Discurso a las religiosas del Carmelo de Nairobi

7 de mayo de 1980

Queridas hermanas, vosotras sois representantes de la especial vocación a la vida contemplativa que atraviesa toda la historia de la Iglesia recordando a todos la urgencia de caminar constantemente rumbo al encuentro definitivo con Dios y con los bienaventurados. [...] ¡Cuán preciosa es la vuestra vocación de especial consagración! Es verdaderamente un regalo que se encuentra en el corazón del misterio de la comunión eclesial, que acompaña la misión apostólica de cuantos se esfuerzan en el anuncio del Evangelio. Singularmente es importante la colaboración que sois llamadas a ofrecer en la nueva evangelización.

SAN JUAN PABLO II

Discurso a las religiosas de clausura
Loreto, 10 de septiembre de 1995

Las mujeres y los hombres que se retiran para vivir en compañía de Dios, precisamente gracias a esta opción suya, adquieren un gran sentido de compasión por las penas y las debilidades de los demás. Amigas y amigos de Dios, disponen de una sabiduría que el mundo, del cual se alejan, no posee y, con amabilidad, la comparten con quienes llaman a su puerta. Pienso, por tanto, con admiración y reconocimiento, en los monasterios de clausura femeninos y masculinos que, hoy más que nunca, son oasis de paz y de esperanza, tesoro precioso para toda la Iglesia, especialmente a la hora de recordar el primado de Dios y la importancia de una oración constante e intensa para el camino de fe.

BENEDICTO XVI

Audiencia general, 1 de diciembre de 2010

Cuando una religiosa consagra toda su vida al Señor en la clausura, tiene lugar una transformación que no se acaba de entender.

La normalidad de nuestro pensamiento diría que esta religiosa está aislada, sola con el Absoluto, sola con Dios; es una vida ascética, penitente. Pero este no es el camino de una religiosa de clausura católica, ni siquiera cristiana. El camino pasa por Jesucristo, siempre. Jesucristo está en el centro de vuestra vida, de vuestra penitencia, de vuestra vida comunitaria, de vuestra oración y también de la universalidad de la oración. Por este camino sucede lo contrario de quien piensa que ésta será una ascética religiosa de clausura. Cuando va por la senda de la contemplación de Jesucristo, de la oración y de la penitencia con Jesucristo, llega a ser grandemente humana. Las religiosas de clausura están llamadas a tener una gran humanidad, una humanidad como la de la Madre Iglesia; humanas, comprender todas las cosas de la vida, ser personas que saben comprender los problemas humanos, saben perdonar, saben pedir al Señor por las personas. Vuestra humanidad. Y vuestra humanidad viene por este camino, la Encarnación del Verbo, el camino de Jesucristo. ¿Cuál es el signo de una religiosa tan humana? La alegría, la alegría, cuando hay alegría. A mí me da tristeza cuando encuentro religiosas que no son alegres. Tal vez sonríen, ¡bah!, con la sonrisa de un asistente de vuelo, pero no con la sonrisa de la alegría, de esa que viene de dentro. Siempre con Jesucristo. [...] San Francisco de Asís contemplaba al Crucificado con los ojos abiertos, con las heridas abiertas, con la sangre que se derramaba. Esta es vuestra contemplación: la realidad. La realidad de Jesucristo. No ideas abstractas, no ideas abstractas, porque secan la cabeza. La contemplación de las llagas de Jesucristo. Las llevó al cielo, y las tiene. Es el camino de la humanidad de Jesucristo: siempre con Jesús, Dios-hombre. Y por ello es tan hermoso cuando la gente va al locutorio de los monasterios y pide oraciones y cuenta sus problemas. Tal vez la hermana no dice nada de extraordinario, pero es una palabra que le brota precisamente de la contemplación de Jesucristo, porque la hermana, como la Iglesia, está en el camino de ser experta en humanidad [...].

Siempre con Jesucristo, siempre. La humanidad de Jesucristo. Porque el Verbo vino en la carne, Dios se hizo carne por nosotros,

y esto os dará una santidad humana, grande, bella, madura, una santidad de madre. La Iglesia os quiere así: madres, madre, madre. Dar vida. Cuando vosotras rezáis, por ejemplo, por los sacerdotes, por los seminaristas, tenéis con ellos una relación de maternidad; con la oración les ayudáis a ser buenos pastores del Pueblo de Dios. [...] siempre con Jesucristo, las llagas de Jesucristo, las llagas del Señor. Porque es una realidad que, después de la Resurrección, Él las tenía y las llevó.

La segunda cosa que quería deciros, brevemente, es la vida de comunidad. Perdonad, soportaos, porque la vida de comunidad no es fácil. El diablo se vale de todo para dividir. [...] Cuidad la amistad entre vosotras, la vida de familia, el amor entre vosotras. Que el monasterio no sea un Purgatorio, que sea una familia. Los problemas están, estarán, pero, como se hace en una familia, con amor, buscar la solución con amor; no destruir esto para resolver aquello; no competir. Cuidar la vida de comunidad, porque cuando la vida de comunidad es así, de familia, es precisamente el Espíritu Santo quien está en medio de la comunidad.

Estas dos cosas quería deciros: la contemplación siempre, siempre con Jesús —Jesús, Dios y Hombre—; y la vida de comunidad, siempre con un corazón grande. Dejando pasar, no vanagloriarse, soportar todo, sonreír desde del corazón. El signo de ello es la alegría.

Pido para vosotras esta alegría que nace precisamente de la contemplación auténtica y de una bella vida comunitaria. ¡Gracias!

Os pido que recéis por mí, por favor, no lo olvidéis”.

FRANCISCO

A las monjas de clausura en la basílica de Santa Clara de Asís
4 de octubre de 2013

